

Sincretismo

En mi calidad de profesor de iconografía cristiana en la Escuela de Conservación y Restauración de Occidente, y de cronista de la Arquidiócesis de Guadalajara, mi particular punto de vista en torno a la escultura 'Sincretismo', del maestro Ismael Vargas, de la que vi una maqueta en el taller de dicho artista tapatío.

Se me hizo saber que se trata de una escultura de 9 metros de altura que será instalada en los cruces de la Av. del Federalismo y la calle de Herrera y Cairo, linderos de las parroquias del Santuario de Guadalupe, en el barrio de ese nombre, y de la de El Dulce Nombre de Jesús, en el barrio de La Capilla. Dividiré mi exposición en cuatro apartados: valor iconográfico de la obra, simbolismo, pertinencia e integración en el paisaje urbano.



a. Valor iconográfico de la obra

'Sincretismo' es una escultura monumental consistente en la intersección de dos planchas de acero de dimensiones colosales, cada una de las cuales reproduce, bajo la técnica del calado, sobreponiéndolas, las siluetas de la diosa Tonantzin – Coatlicue, la madre divina, la madre de todos los dioses, esposa de Mixcóatl, “la serpiente de las nubes”, con quien tuvo a Quetzalcóatl y a Huitzilopochtli, pero también madre de todos los hombres y de toda la creación, la etimología de cuyo nombre es “La de la falda de serpientes”, y la de la Virgen de Guadalupe de México.

La disposición de la obra es tal que indistintamente se evocan al verla lo mismo los cuatro puntos cardinales en una arteria de tránsito vehicular intenso y estratégico, una visión

dinámica y rica de las dos estampas señeras recortadas en las placas, de modo que el conjunto, visto al paso, se vuelve muy atractivo en términos visuales.

b. Simbolismo

El ídolo Tonantzin- Coatlicue, “nuestra venerada madre”, formó parte del repertorio iconográfico mexica, usándose en él la estilización de una figura femenina vestida con una falda de serpientes, que representaban su multiforme poder para crearlo todo en la naturaleza, en tanto que las garras afiladas de sus pies representaban el acto humano de levantar la tierra para echar en ella la semilla de la que se esperaban copiosos frutos en cereales, básicos para la subsistencia.

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, a su vez, representa de forma convencional pero también atípica a María de Nazaret como la Inmaculada Concepción, según el diseño extraído de un pasaje el último libro de la Biblia: “Apareció en el cielo una gran señal, una mujer vestida como el sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (Ap. 12).

Nadie ignora, por otro lado, que en el Tepeyac los antiguos moradores del lago de Texcoco honraban a Tonantzin – Coatlicue, y que luego, ellos mismos en su lengua, a mediados del siglo XVI, se invitaban unos a otros a ir donde la Tonantzin, aludiendo a la ermita guadalupana de ese tiempo.

Y bien, si la palabra ‘sincretismo’ alude a la tendencia a conjuntar y armonizar corrientes de pensamiento o ideas opuestas, en el campo de las religiones así se llama al influjo que una segunda religión ejerce sobre la primera, como sabemos ocurrió en el ámbito mesoamericano a partir de 1521, al tiempo que la caída de Tenochtitlan implicó el ascenso y legitimación de la presencia hispano-cristiana en el macizo continental americano. Ya en el siglo XVII, el guadalupanismo era para los habitantes de la Ciudad de México y sus contornos, como ningún otro elemento simbólico, una señal del favor divino y un mensaje de unidad y reconciliación. Los hechos subsecuentes: el uso de la imagen durante el proceso de emancipación a partir de 1810 y su convalidación en los procesos históricos que han venido luego y se conservan hasta la fecha, justifican el título, no menos que el interés de los académicos, como ha sido el caso del historiador Miguel León-Portilla, autor de la obra clásica en la materia intitulada precisamente ‘Tonantzin Guadalupe, pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el Nican Mopohua’, que publicó el Fondo de Cultura Económica y el Colegio Nacional en el año 2000.

c. Pertinencia

La parroquia del Santuario de Guadalupe, erigida como tal en 1783, culminó el más importante hito urbano de la entonces capital de la Nueva Galicia, que se extendió al norte de la ciudad gracias a la labor conjunta del Ayuntamiento de Guadalajara con el proyecto humanitario del obispo de esa sede, fray Antonio Alcalde, O. P., que patrocinó la construcción de 16 manzanas con 158 alcaicerías o viviendas colectivas para unas dos mil personas, a

favor de las cuales edificó también escuelas para niños y niñas, cementerio, jardín botánico y el mayor hospital de América en ese tiempo. Tanto amó el obispo Alcalde esta obra, que pidió ser sepultado en el santuario guadalupano, título mariano que ya en ese tiempo abarcaba un ámbito que había rebasado con creces la zona del altiplano novohispano. No mucho después, entre 1810 y 15, su sucesor inmediato, don Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, alentó el desarrollo urbano de Guadalajara costeando la edificación al oriente de una grandiosa Casa de Misericordia, y elevando, al poniente, al rango de parroquia la capilla de El Dulce Nombre de Jesús, cuya sede original ocupa ahora el templo de El Refugio. Ahora bien, en el año 2017 se cumplen 225 del aniversario luctuoso de fray Antonio Alcalde, en cuyo marco el Ayuntamiento tapatío ha decidido dedicarle a su legado humanitario una especialísima mención, a lo cual el monumento 'Sincretismo' contribuirá sin duda a ello, de una forma muy destacada.

d. Integración en el paisaje urbano de la capital de Jalisco

A juicio del suscrito, tanto el diseño de la escultura, sus dimensiones y su ubicación en un espacio abierto se suman a las obras públicas monumentales que anclan el pasado con el porvenir del pueblo de México. No se trata de agregar un elemento visual más, sino de detonar en un sitio histórico relevante, un signo sensible que la posteridad irá ubicando como una contribución contemporánea a un procesos en el que se han invertido muchos siglos con resultados variopintos pero que hoy, en un marco de respeto y tolerancia, nos permiten armonizar horizontes culturales que han terminado por fusionarse cada día más. Finalmente, no puede omitirse la relevancia que ocupa la obra de Ismael Vargas en el campo de la plástica mexicana y su creativa y original forma de servirse de los elementos simbólicos que subyacen en la cultura y en la religiosidad popular, tratados en esta obra con profundo respeto a los símbolos religiosos del pueblo de México.

Atentamente

Tomás de Híjar Ornelas
Cronista de la Arquidiócesis de Guadalajara